

Título del Trabajo: Las transformaciones en el Peronismo: La fractura del Partido Justicialista

Nombre y Apellido: Darío Andrés Rodríguez

E-mail: endelmandho@yahoo.com.ar

Afiliación Institucional: Equipo de investigación “Las Nuevas Formas Políticas”.

Instituto Gino Germani de Investigaciones. Facultad de Ciencias Sociales. UBA.

Becario de formación de postgrado tipo I (CONICET).

Las transformaciones en el Peronismo: La fractura del Partido Justicialista¹

Darío A. Rodríguez²

I. Los cambios en la vida política

a) Los partidos políticos, esa pasión en decadencia.

En los últimos años se constataron importantes cambios en la vida política tanto de las nuevas democracias latinoamericanas como de las democracias más antiguas e institucionalizadas. Estos cambios se correspondieron con el ocaso de la vieja *democracia de partidos*³ y la emergencia de un nuevo modelo de democracia, definido en palabras de Manin (1992 y 1998) como la *democracia de lo público*. La emergencia de este nuevo modelo conllevó importantes transformaciones en términos de la constitución de nuevas identidades, la relación de los líderes con los partidos y la distribución de las mismas preferencias electorales. En concreto, las identidades partidarias experimentaron un progresivo proceso de desarticulación perdiendo su siempre relativa coherencia y homogeneidad; los líderes políticos se relacionaron de manera cada vez más directa con la ciudadanía, en el marco de un espacio público mediatizado; y las preferencias electorales se caracterizaron cada vez más por presentar un carácter fluctuante y selectivo (Pousadela, 2005). En definitiva, la democracia de nuestros días pasó a definirse por el surgimiento de un formato representativo personalizado que dejó atrás la representación partidaria en la que se fundaba la pasada democracia de masas (Novaro, 1994 y 2001)⁴.

¹ Este análisis representa los primeros avances de mi trabajo de investigación sobre emergencia de nuevos liderazgos y transformaciones en los partidos políticos en el marco de mi beca de investigación de postgrado. Su preparación me enfrentó con la dificultad de abordar un tema, como es la ruptura del Justicialismo en el marco de la configuración de la escena electoral 2005, que aún se encuentra en proceso de desarrollo. Pido que esta limitación sea tenida en cuenta a la hora de realizar su lectura.

² Lic. en Ciencia Política (UBA). Miembro del equipo de investigación “Las Nuevas Formas Políticas” (IIGG-FSC). Becario de Formación de Postgrado (CONICET) bajo la dirección de Isidoro Cheresky.

³ Este modelo se define, en palabras de Manin (1992), por la existencia de un formato de representación definido por la acción de fuertes partidos de masas anclados en definidas realidades sociales. Es propio de este modelo, el imperio de la lealtad y la disciplina partidaria, así como, los estables comportamientos electorales. En particular, las elecciones se presentan como la confirmación de una identidad previa y las campañas políticas tienen un efecto persuasivo muy limitado.

⁴ Cabe aclarar que este pasaje es tan poco lineal como evidentemente problemático. Es decir, los modelos de la democracia de partidos y de lo público son definidos como tipos ideales. De esta manera, lo que observamos en los contextos históricos particulares, es más bien una coexistencia y una superposición de aquellos atributos que definen a ambos formatos de representación (Manin 1998).

En este contexto general, el caso argentino presentó sus particularidades. A pesar de la tardía constitución del formato representativo propio de la democracia de partidos, la vida política Argentina se organizó durante décadas en torno a una forma de sociedad que se correspondió con dicho modelo. En efecto, dicotómicas identidades partidarias, relativamente estables y estructuradas en torno a clivajes sociales más o menos nítidos configuraron la escena política nacional. Sin embargo, esta organización no se correspondió, hasta 1983, con el formato de competencia interpartidaria propio de la democracia de partidos. Recién después de esta fecha fundacional se desarrolló un modelo de representación política acorde con dicho tipo de democracia, en momentos en que se evidenció, en el resto de mundo, su clara crisis como forma de sociedad. Así entonces, al tiempo que se desarticuló el clivaje movimientista y se normalizó institucionalmente la vida política Argentina, se constató el advenimiento de un nuevo modelo de democracia que expresó la crisis de las identidades partidarias tradicionales y la transformación de los partidos propios de la sociedad de masas (Novaro, 1994). En otras palabras, la regularización institucional de nuestra democracia, lograda gracias a la aceptación de los comicios como fuente de legitimación política y de los partidos políticos como principales actores del juego político, fue acompañada por una metamorfosis de su formato representativo así como de sus mismos actores.

Esta metamorfosis se correspondió con la emergencia de una nueva era de lo político, en donde una nueva sociedad se fue configurando producto de la difusión de los clásicos clivajes estructurantes (Lechner, 1995) y el abandono de la referencia al *pueblo sustancial* (Cheresky, 1998). La sociedad se volvió más opaca, indescifrable, constituyéndose como un espacio donde pasaron a operar conflictos de distinto tipo en forma contingente y superpuesta sin que ningún agente social asumiera una posición privilegiada (Rosanvalon, 1995).

Estos cambios repercutieron sobre las formas de los propios partidos. Las transformaciones de carácter estructural operadas en la matriz societal: la fragmentación de la clase obrera, la fluidez de las posiciones en el mercado laboral, la multiplicación e imbricación de los conflictos de intereses, repercutieron claramente sobre la idea clásica de los partidos políticos concebidos como vastos movimientos de masa definidos a partir de sub-culturas ideológicas diferenciadas (Novaro, 1995). La radical alteración de la relación estado-sociedad, como consecuencia del proceso de reforma estructural, iniciado en el caso argentino durante la decisiva década de los 90', junto con la destacada importancia que asumió, desde la vuelta de la democracia, el campo de la comunicación política, llevaron a que los clásicos partidos

instrumenten importantes cambios tanto en sus estrategias electorales como en la relación con el electorado (Novaro, 2001). Los clásicos partidos de nuestro sistema se transformaron al adoptar estrategias más oportunistas a la hora de constituir la oferta electoral⁵ y se diluyeron en sus referencias político-ideológicas a la hora de conquistar la voluntad del los votantes. Los medios de comunicación pasaron a cumplir un rol cada vez más determinante en la configuración de la escena política y nuevos liderazgos ocuparon un lugar decisivo estableciendo un vínculo representativo sin mediaciones partidarias con el elector (Mocca, 2004). En definitiva, un nuevo formato de corte personalizado se configuró en correspondencia con el lugar que ocuparon los medios, poniendo de manifiesto, la mutación del formato partidario de representación.

Presentado el marco general del análisis propuesto, pasemos ahora, a la mención de sus objetivos específicos. En este trabajo nos proponemos abordar el proceso de transformación que experimentó, en las últimas décadas, el Partido Justicialista. Para ello nos referiremos tanto a los cambios de larga data que han transformado a este partido, como a los más recientes, originados como consecuencia del influjo del liderazgo del presidente Néstor Kirchner. Esta dimensión la estudiaremos tomando, como campo de análisis, el proceso de definición de las candidaturas del Partido Justicialista, en vistas de las elecciones legislativas del año 2005, en la provincia de Buenos Aires.

El caso de la provincia de Buenos Aires ha sido seleccionado por dos motivos principales. El primero remite a que este escenario ha sido sede del conflicto que desencadenó la fractura del peronismo entre el sector que ha conservado el sello partidario y tiene a Duhalde como jefe político, y el sector que se presentó por fuera del Justicialismo y está organizado en torno a la figura del presidente Kirchner. El segundo motivo se relaciona con que es evidente que tanto el Partido Justicialista como la Provincia de Buenos Aires aparecen como un partido y un territorio que si se los compara con otras realidades tanto partidarias como geográficas aparecen más bien anclados en el suelo de la *democracia de partidos*. No obstante, creemos que tanto las últimas elecciones que se realizaron en el distrito, como el proceso de composición de la oferta política, definido hace un poco más de un mes, revelaron lógicas y dinámicas novedosas que han operado sobre esta fuerza política en este complejo escenario. Ahora, nos preguntamos

⁵ Cabe mencionar, a modo de simple ejemplo, la alianza realizada para las elecciones presidenciales de 1999 en el caso de la provincia de Bs.As. entre el Justicialismo, la Ucedé, en el plano nacional, y, en el plano provincial, también con Acción por la República.

¿Cómo se articularon estas lógicas con otras lógicas ligadas, por ejemplo, al rol que cumple el aparato?, ¿Qué efecto produjo el liderazgo presidencial sobre la forma partido?, ¿Por qué dicho liderazgo fue exitoso en su empresa de transformación? y, por último, ¿Qué nos revela dicho éxito en términos de las formas que asume la vida política contemporánea? En pocas palabras, creemos que el efecto que el liderazgo presidencial, como liderazgo de nuevo tipo emergente de la crisis del 2001, ha producido sobre esta forma partidaria, en un distrito tradicional como el de la provincia de Buenos Aires, nos revela tendencias que sintonizan con las nuevas lógicas presentes hoy en la dinámica política y sostenemos que su impronta ha dejado una huella indeleble sobre las formas que definen al propio Partido Justicialista. Las formas específicas que estas nuevas lógicas puedan asumir a futuro son, hasta el momento, terreno de la vana conjetura, no obstante, nuestra presunción es que nos adentramos de manera progresiva en un campo tan incierto como novedoso.

b) Las transformaciones en el peronismo: De la experiencia renovadora a la adaptación menemista

Los cambios en curso que se despliegan en el peronismo deben ser leídos a la luz de un proceso de transformación de largo aliento. Este proceso remite a los cambios que se fueron produciendo, en las últimas décadas, en nuestra vida política y, más específicamente, en nuestro formato representativo. Habiendo ya analizado estos cambios, nos proponemos ahora, abordar su incidencia específica sobre las mutaciones que ha experimentado el Partido Justicialista.

La recuperación de la institucionalidad democrática en 1983, inauguró un espacio político que se fue desarticulando en su configuración dicotómica para ir adoptando un formato pluralista en el cual los actores del juego político, pasaron de presentarse como *todo*, a reconocerse como *partes*. Esto permitió dar curso a la desarticulación del clivaje movimientista y de la propia matriz populista sobre la cual se había configurado, hasta entonces, nuestra vida política. Este proceso de desarticulación, conllevó la definición de la competencia electoral como principio privilegiado de legitimidad política (Aboy Carlés, 2001). Así entonces, las elecciones dejaron de ser actos de confirmación de identidades naturales y pasaron a definirse como ámbitos privilegiados de la disputa política entre partidos que ahora debían conquistar la voluntad del electorado (Pousadela, 2005). Los partidos se integraron en un sistema y abandonando sus pretensiones monopolizadoras, contribuyeron a la regularización institucional de nuestra democracia. En el caso particular del peronismo, la acción desplegada por el movimiento

renovador dio curso a su postergado proceso de *partidización* y democratización interna (De Ipola, 1989).

Este movimiento tuvo su origen en la sorpresiva derrota del 1983, en la cual el Justicialismo, movimiento popular supuestamente detentador de una mayoría natural, perdió por primera vez las elecciones en un contexto democrático. En particular, la autocrítica respecto de la estrategia de campaña y, de manera más general, el rechazo a las prácticas políticas sobre las que se organizaba el peronismo más clásico, produjeron una diáspora interna entre los defensores de un proceso de cambio, *los renovadores* y sus críticos, *los ortodoxos*. La crítica de los primeros al peronismo histórico se orientó a la necesaria instrumentación de mecanismos de democratización interna en sintonía con un verdadero compromiso con los valores democráticos sobre los que se configuró esta nueva etapa de nuestro régimen político⁶. Esta vertiente se organizó en torno a la idea de concebir al peronismo como *partido*, en detrimento de su definición como *movimiento*, y pretendió presentarlo, en tanto tal, como un actor que junto a otros debía luchar en la arena política por conquistar la voluntad del electorado. Esta corriente tuvo su momento de esplendor en las legislativas de 1987 y su pronto ocaso en la derrota interna sufrida sólo dos años después. La victoria de Carlos Menem, un ex-renovador que luego se cruzó de vereda y logró alcanzar el control del partido al salir victorioso en las internas de 1989, marcó el inicio de una nueva etapa en los cambios que vivió el peronismo. Tanto las rupturas y las continuidades con respecto a la experiencia renovadora como la metamorfosis, cada vez más evidente, del formato partidario de representación, signaron los rumbos de estos nuevos tiempos.

La década menemista imprimió cambios evidentes sobre el peronismo tanto en la forma que adoptó su identidad política como en su funcionamiento institucional (Novaro-Palermo, 1996).

En referencia a las transformaciones que experimentó la identidad peronista, tal como lo expresan estos autores, el *menemismo* completó el proceso iniciado por el discurso *alfonsinista* y la experiencia renovadora orientados a la desactivación de la lógica de la alteridad populista. Este proceso, permitió una sustitución de la disputa entre irreconciliables enemigos sociales por la competencia entre adversarios electorales, produciendo una desactivación del fundamento antagónico y revolucionario sobre el que se había estructurado la identidad peronista tradicional. En el discurso de Menem, se diluyó el carácter conflictivo en el que se fundaban las dicotómicas oposiciones del peronismo histórico y se pretendió, desde una retórica inclusiva, la

⁶ No obstante, tal como destaca De Ipola (1989), la experiencia renovadora no rompió de manera definitiva con la herencia populista y movimientista que definió al peronismo clásico.

dilución de la propia alteridad constitutiva de toda identidad política.

Destacando las discontinuidades entre ambas experiencias, para Aboy Carlés (2001), el proyecto menemista implicó, más bien, una ruptura evidente con el peronismo renovador y con el propio peronismo. Este proyecto produjo la desarticulación del peronismo como *populismo* al diluir la ambigüedad fundante sobre la cual se ha configurado históricamente esta identidad política. Es decir, mientras que la experiencia de la renovación, siendo fiel a esta ambigüedad, se presentó como una forma de gestionar la tensión entre ruptura (dimensión que remite a la definición de un otro, de un antagonista, con pretensiones desarticulantes) y orden (dimensión que remite a la inclusión de otro, con fines integristas), el *menemismo* al contrario, como contracara de esta experiencia, eliminó la tensión constitutiva de todo *populismo* al desplazar la primera dimensión. Además, el *menemismo* contrarrestó los avances del movimiento renovador volviendo a prácticas como la manipulación de las normas institucionales y la desvalorización del debate público, mecanismos afines a un peronismo de corte más tradicional.

Más específicamente ligada a las transformaciones en el formato de representación partidario, en el proceso que hemos presentado como de pasaje de una *democracia de partidos* a una *democracia de audiencias* (Manin, 1992), la identidad peronista devino una *identificación por escenificación* (Novaro-Palermo, 1996: 393). La configuración que asumió esta nueva identidad se derivó directamente de la crisis de los lazos de pertenencia partidarios que organizaron una sociedad estructurada en torno a un sistema de polaridades, en donde las divisiones sociales, parecían tener una directa expresión en el terreno político-electoral. En las nuevas sociedades polimorfos, donde los conflictos se diluyeron en su consistencia y se superpusieron unos con otros, la identidad basada en un alter intersubjetivo se fue desvaneciendo y fue emergiendo un tipo de identificación sustentada en la imagen del líder, como punto de unificación de un conjunto social, desagregado en sus representaciones.

Este proceso remitió, en definitiva, a la propia metamorfosis del peronismo como movimiento de masas y a su redefinición bajo un nuevo modelo de partidos. Pasando, ahora, a los cambios operados más en su funcionamiento, en tanto partido, según Novaro-Palermo (1996), si uno considera el debilitamiento de la movilización militante y la adopción de un perfil más técnico, proceso que signó al peronismo durante la década del 90', éste partido adoptó, indudablemente, los rasgos característicos del partido profesional-electoral⁷. Su configuración como un partido

⁷ Tal como lo entiende (Panebianco, 1993) este tipo ideal de partido se caracteriza por una serie de rasgos que se oponen punto a punto con los que definen al partido burocrático de masas: a) papel central de los profesionales (competencias especializadas); b) electoralismo, débiles lazos organizativos de tipo vertical y apelación al electorado de opinión; c) posición de preeminencia de los representantes políticos, dirección personalizada; d) financiación a través de los grupos de interés y por medio de fondos públicos; e) acento sobre los problemas

centrado en la movilización de las imágenes y referenciado en electorado de opinión, antes que en uno partidario, ilustró, como los cambios aludidos en las formas políticas, no sólo han sido los principios básicos, sobre los que se organizaron las nuevas fuerzas políticas que afloraron en el transcurso de los años 90', sino que también, han moldeado a las tradicionales fuerzas de nuestro sistema.

No obstante, algunos autores se han planteado en abierta crítica a esta conceptualización del peronismo. En particular, Levitsky (2003), sostuvo que el peronismo contemporáneo no se define por los atributos propios de este nuevo modelo de partidos sino por su continuidad con los rasgos constitutivos de su pasado movimientista. Este autor plantea que el peronismo aún se presenta como un partido de masas, dado su anclaje efectivo en las clases populares⁸, pero que a diferencia de los partidos tradicionales, en lugar de presentar una organización burocrática y centralizada, se caracteriza por su organización informal. Esta organización informal se revela en la autonomía que define a los diferentes niveles de su estructura partidaria y en la ausencia tanto de una autoridad central de coordinación como de un cuerpo estable de reglas. Esta flexibilidad organizativa le permitió desarrollar una importante capacidad adaptativa en virtud de la cual sobrevivió a la década menemista, década en la cual se revertieron abiertamente sus principios fundantes.

Ahora bien, la consideración del despliegue de estas capacidades adaptativas, a través de las cuales el peronismo *se dobla pero no se rompe* o, mejor, *se dobla para no romperse* (Pousadela, 2005), no debe llevarnos a soslayar la referencia a los cambios más generales en la vida política que hicieron que el peronismo contemporáneo se distancie del histórico. Según Levitsky (2002), estos cambios se relacionaron con el desarrollo de una política de tipo *empresarial* en virtud de la cual el peronismo devino maquinaria electoral. Es decir, que las organizaciones de base, configuradoras de lazos sociales e ideológicos con la clase trabajadora, perdieron terreno frente al avance de organizaciones basadas en el patronazgo estatal. Así entonces, lazos fundados en el intercambio reemplazaron a los tradicionales, poniendo en evidencia el deterioro de los vínculos clásicos que unieron al peronismo histórico con la clase trabajadora. La crisis que experimentaron estos vínculos, la crisis que vivió el peronismo en su relación con la sociedad, en su arraigo en el mundo popular y, como proceso paralelo, la mayor

concretos y sobre el liderazgo, papel central de los arribistas y los representantes de los grupos de interés dentro de la organización.

⁸ Para medir dicho anclaje, Levitsky, toma como indicadores el número de afiliados al partido, la cantidad de unidades básicas existentes y el arraigo que el mismo tiene en la clase trabajadora, a través del desarrollo de las redes clientelares y un entramado donde las organizaciones sociales se mezclan con el partido.

dependencia que este partido, como otros, desarrolló con respecto a la captación de los recursos estatales, evidenció lo que autores como Katz-Mair (1997), definieron como el *proceso de cartelización* de los partidos políticos. Este proceso remitió, según estos autores, al control de los recursos públicos conquistado por los partidos con el fin de garantizar su supervivencia. Los partidos se fueron alejando de la sociedad y, como contrapartida, se acercaron al Estado. Esta operación hizo que se diluyeran las diferencias ideológicas que los separaba y que se solidaricen en el mantenimiento de sus posiciones de poder a través del despliegue de vastas redes de cooperación e intercambio. El peronismo experimentó este proceso y se configuró, de manera cada vez más evidente, bajo la lógica del *aparato*. Se presentó, entonces, como una máquina que distribuye recursos y que adaptándose a los distintos contextos políticos-sociales y haciendo gala del más puro agnosticismo ideológico, ha buscado, fundamentalmente, la maximización de los resultados electorales (Torre, 2004)⁹.

Respecto de este punto, es importante destacar que el imperio de esta lógica no fue inmune a los cambios más generales que operaron sobre la propia dinámica política. Es decir, el peronismo de nuestros días se diluyó en su carácter transformador, en su dimensión más herética (Auyero, 2000) para configurarse como maquinaria política, pero yendo más allá de lo sostenido por Levitsky (2003), creemos que las transformaciones que lo moldearon, se han relacionado con su crisis efectiva en la representación del mundo popular (Svampa-Pereyra, 2003). Su implosión como dispositivo organizador de este mundo hizo que afloraran nuevas identidades e identificaciones que reflejaron la desarticulación de su identidad político-partidaria. Ilustran esta crisis, por ejemplo, la emergencia de los movimientos de desocupados y organizaciones piqueteras que en la lucha por la organización de lo social confrontaron con la estructura partidaria del justicialismo. Pero también, los cambios mismos que se han revelado en la lógica clientelar. En primer lugar, podemos decir, como expresión de los cambios que signaron a la identidad peronista, que el *aparato* lejos de configurarse como un bloque monolítico, se desplegó a través de un conjunto de desagregados *aparatos* de carácter provincial y local. Además, como reflejo de estos cambios, constatamos la emergencia del puntero profesional, pero también el desarrollo de movimientos fluctuantes donde redes punteriles apoyan a distintos candidatos privilegiando la obtención de recursos materiales, en el marco de una situación de necesidad, relegando el respeto de las lealtades y expresando la inconstancia de sus adhesiones

⁹ Este autor va a sostener que la capacidad adaptativa del peronismo no se debe solamente a su flexibilidad organizativa, tal como destaca Levitsky, sino también a que el peronismo aparece hoy más que nunca como un mero

político-partidarias¹⁰. Como señala un puntero de un barrio bonaerense: “...*Acá adentro hay gente muy variada; por ahí te ayuda el radicalismo, por ahí el peronismo. El peronismo te ayuda si está arriba, el radicalismo lo mismo. Hay gente acá adentro que son peronistas-peronistas, no vende el voto ni loco, y otros, como yo, van a ver a quién van a votar, al peronismo, al radicalismo; son cambiantes, no tienen identidad política sino necesidades...*” (Citado en: Svampa-Martuccelli, 1997, p. 390).

No obstante lo dicho, no dejamos de remarcar el rol configurador que aún cumple la sobreviviente identidad peronista en el caso, por ejemplo, de la provincia de Buenos Aires. Es evidente, como ya se mencionó, que esta identidad se desagregó y desarticuló en su representación, pero la misma, presente como marco simbólico de pertenencia, aparece enraizada en las mismas prácticas clientelares de asistencia (Auyero, 2000). En otros términos, las mismas redes clientelares, al tiempo que se desarrollaron, se configuraron, también, como reductos de una identidad peronista que no solo se nutrió del peronismo como memoria sino que se resignificó, principalmente, como vital asistencia. El componente herético, nutriente de la cultura de las generaciones de militantes, se fue desvaneciendo y la ayuda asistencial y la solución de problemas diarios apareció como nueva dadora de sentido. En definitiva, la identidad peronista perdió su consistencia, se redefinió en su configuración, pero aún conserva, bajo esta nueva forma, cierta capacidad para generar lealtades y solidaridades (Torre, 2003).

Habiendo reseñado los cambios que desde una visión de más larga data definieron la nueva forma que fue asumiendo el peronismo, nos parece oportuno pasar al análisis de cómo estas mutaciones se reconfiguraron al calor de la acción de liderazgo presidencial de Kirchner, concebido como liderazgo emergente del particular contexto de crisis abierto a fines del 2001.

II. La fractura del justicialismo bonaerense y la acción del liderazgo presidencial

a) La crisis del 2001 y el presidente inesperado

En el caso argentino, la transformación de los mecanismos de representación, ya referidos, tuvo la particularidad de incluir el rechazo a la relación de representación misma (Pousadela,

instrumento que visita las distintas estaciones del espectro ideológico para alcanzar su más preciado fin: la conquista del poder.

2005). En efecto, el proceso de gradual *metamorfosis* del formato representativo, propio de un modelo de democracia que se fue desarticulando en su representación partidaria, convivió con momentos de *crisis* de ese mismo formato. Estos momentos se expresaron en su radical novedad en los comicios legislativos de septiembre y en las jornadas callejeras de diciembre del año 2001.

Las elecciones legislativas de 2001 expresaron dramáticamente la mentada crisis de representación a través de los inéditos índices que alcanzó el voto anulado así como el voto en blanco. Fue evidente el rechazo a la política como representación y a sus principales actores: los partidos políticos. Los resultados agudizaron las tendencias a la desagregación de las fuerzas tradicionales y la tendencia a la personalización del formato representativo, evidenciada en la emergencia de novedosos agrupamientos partidarios (Cheresky, 2003).

Esta crisis no sólo se expresó a través del canal electoral sino que también se desplegó mediante la espontánea irrupción de la ciudadanía en el espacio público. Las jornadas de diciembre del 2001 instalaron una nueva lógica de intervención en el espacio público. El estallido espontáneo que acabó con el gobierno de De la Rúa, protagonizado por un conjunto irrepresentable de desarticuladas voces que lograron confluír, transitoriamente, bajo la unánime crítica al ejercicio de la representación política, imprimió bajo una nueva forma la vuelta a las calles de la ciudadanía¹¹. Se confirmó, entonces, a través de un largo proceso, el pasaje de la movilización protagonizada por actores corporativos o partidarios, encuadrados en una organización, a la irrupción esporádica de actores desagregados que desplegaron una acción de control permanente sobre los fragilizados vínculos representativos en un espacio público mediatizado

Superado el gobierno provisorio de transición, las elecciones presidenciales de 2003 dieron lugar a la emergencia de un nuevo escenario político en nuestro país. Sus resultados agudizaron la tendencia que en términos de personalización y fragmentación de la oferta partidaria y desagregación de las preferencias electorales, ya habían caracterizado a los comicios legislativos de 2001. En relación a este primer punto, cabe destacar, por un lado, el novedoso rol que cumplieron las personalidades políticas, en tanto la competencia electoral entre las

¹⁰ Este fenómeno tuvo se consecuencia inmediata en el plano electoral. La configuración de redes clientelares flotantes reflejó, incluso, la pérdida de control de los *punteros* respecto de sus clientelas.

distintas fuerzas políticas, se organizó, directamente, en torno a ellas y, por el otro, la presentación dividida del Partido Justicialista, en tres frentes electorales distintos, sin que ninguno haya podido ostentar el sello partidario¹². Y, en este sentido, sin dejar de considerar el peso evidente que tuvieron las lógicas tradicionales del accionar político, reflejado el apoyo brindado por el *aparato duhaldista* a la figura del candidato presidencial Néstor Kirchner, principalmente en el decisivo escenario bonaerense, no se debe soslayar el hecho de que vínculos de otro tipo, definidos por la identificación directa con la ciudadanía, operaron, también, tanto en la configuración de la escena electoral como en la distribución de las mismas preferencias electorales¹³.

En este contexto, la victoria con un porcentaje muy modesto de este candidato motivó la configuración de un novedoso lazo representativo con la opinión pública, establecido con el objeto de lograr contrarrestar los magros porcentajes electorales y reconstruir la vapuleada autoridad política. En esta clave, la constitución de un electorado postelectoral, le otorgó una nueva centralidad al espacio público, ámbito donde un gobierno sustentado en la opinión, buscó sus fuentes de legitimación (Cheresky, 2004). Esta constitución fue el resultado de una acción novedosa, en tanto a través de una figura marginal al escenario político que había llegado a la presidencia a través de un proceso increíblemente azaroso, se comenzaron a instrumentar una serie de medidas que buscaron restituir a la política en su función instituyente y desarticuladora. Podemos mencionar, en primer lugar, la realización de distintas acciones, principalmente, en materia de derechos humanos, pero también, en el plano de la justicia y de manera mucho más tímida en el mismo campo económico. La realización de estas medidas, así como la configuración de un discurso que se distanció de las experiencias pasadas, permitió dar curso a un proceso de recomposición de la tensión constitutiva de la política, entre las dimensiones del orden y de la ruptura, al tiempo que logró recuperar su rol, como invención y como creación, despegándose del lugar, que el consenso de los noventa, le había relegado al campo de la reproducción de lo dado. En otras palabras, creemos que la acción motorizada por el liderazgo regenerador del presidente Kirchner, permitió una ampliación de los márgenes de acción de la

¹¹ Antecedentes de la lógica del estallido, como propia del accionar ciudadano, se desarrollaron a través de distintas manifestaciones de nuevo tipo durante buena parte de la década del 90'

¹² Contra la idea de que estas elecciones reflejaron, una vez más, el carácter hegemónico que signa a este partido, creemos, sin dejar de negar la presencia de dicho carácter más bien como pretensión, que estas interpretaciones ignoran el influjo de los cambios en curso. En efecto, en el caso del elecciones presidenciales 2003, la ocupación del sistema político no se efectuó a través de la inclusión al partido-movimiento de los elementos exteriores, sino más bien, como consecuencia de la dispersión de sus fragmentos (Pousadela, 2005)

¹³ Cabe recordar que antes de elegir a Kirchner como candidato, Eduardo Duhalde, presidente de la nación, por ese entonces, había probado suerte con otros candidatos (tal fue el caso, por ejemplo, del gobernador cordobés De La Sota) sin definirse por ellos dadas las limitadas posibilidades de triunfo que la mayoría de las encuestas les pronosticaban.

política la cual inesperadamente recuperó su capacidad performativa en un marco signado por la naturalización del estado de cosas.

Ahora bien, este proceso no operó sobre el vacío¹⁴. En particular, las jornadas de protesta que la ciudadanía protagonizó, en diciembre de ese año, incidieron sobre la forma que asumió este proceso. Pero, al mismo tiempo, fue la acción motorizada por el gobierno de Kirchner la que definió su rumbo, interpelando a la ciudadanía en el marco de una escena política polisémica donde múltiples sentidos alentaron diversas salidas¹⁵. Así como Kirchner logró presentarse como heredero e intérprete de dicha escena, su gobierno encontró, principalmente, dos límites a su capacidad regeneradora. El primero, el límite referido a su propia base de apoyos. Más allá del éxito en términos de recomposición del vínculo representativo, el respaldo fluctuante de la opinión pública evidenció la fragilidad de los lazos que define a esta fuente de legitimación y los riesgos que este sentido la misma acarrea. El segundo, el relacionado con el propio origen de su gobierno y la apelación al apoyo de la estructura partidaria del justicialismo, la cual al tiempo que ha provisto del necesario sustento institucional a su acción de gobierno, resiste su capacidad regeneradora. Estos límites y tensiones quedaron, ya de manifiesto, en las elecciones legislativas de ese mismo año.

Seis meses después de las presidenciales, el proceso de composición de la oferta política de las elecciones legislativas de 2003, reflejó el influjo del liderazgo regenerador del presidente, en una tensión-articulación con las formas más tradicionales de hacer política, y la presencia larvada de la crisis de representación en la distribución de las preferencias electorales. En efecto, por un lado, la acción extra-partidaria y partidaria ilustró el efecto configurante sobre la definición de las candidaturas que ejerció el liderazgo presidencial amparado en muy importantes índices de popularidad y, por el otro, los fenómenos como el voto en blanco y la abstención electoral, reflejaron la persistencia de la desafección partidaria.

El presidente Kirchner, tuvo una incidencia decisiva en el armado de la oferta electoral en distintos distritos, la ciudad de Buenos Aires fue en este caso el ejemplo más revelador¹⁶, evidenciando las características definitorias que asumió su liderazgo. Éste incorporó elementos de lo que Novaro (2002) definió como liderazgo de tipo nacional y Cheresky (2002) denominó

¹⁴ Tal como destaca Aboy Carlés (2001) y el mismo Laclau (2000), la decisión siempre está condicionada por las prácticas sedimentadas que configuran lo social, la decisión, entonces, no es *pura institución* sino *institución regulada*.

¹⁵ Este rumbo ya había empezado a definirse con la gestión de Duhalde y el protagonismo que asumió el Partido Justicialista. No obstante, creemos que en esta etapa se pretendió, ante todo, una recomposición del orden luego del estallido relegando, entonces, los objetivos de corte más regeneracionista.

¹⁶ Para un análisis del caso mencionado ver Cheresky-Pousadela (2004).

liderazgo de popularidad. Tomando elementos del primero, el liderazgo de Kirchner buscó representar a la nación en tanto idea de unidad y su imagen se asoció con la idea de regeneración, desbordando las mediaciones partidarias, corporativas o de clientela y, del segundo tipo, el liderazgo de Kirchner se definió por crear su poder a partir de la referencia en la opinión pública y por desplegar dicho poder sobre la estructura partidaria. Esto le permitió autonomizarse de la misma y establecer una relación directa con una ciudadanía, configurada como espacio heterogéneo de articulaciones fluctuantes.

En el caso de la provincia de Buenos Aires, estas elecciones confirmaron el desarrollo de formas políticas novedosas en lo que respecta a la composición de la oferta política y el comportamiento del electorado¹⁷. En relación al primer punto, se constató en estos comicios el despliegue de dispositivos de corte pragmático-electoral a la hora de armar las listas, los cuales quedaron ilustrados, por ejemplo, en las candidaturas presentadas por los partidos referenciados en las figuras de A.Rico (Frepobo) y L.Patti (Afeba). Ahora, estos dispositivos convivieron con otros de corte más partidario, tal cual lo ilustra el caso del peronismo. En particular, en este partido, las murallas de la estructura partidaria detuvieron el influjo regenerador que ejerció la acción presidencial, exitosa en otros distritos¹⁸. Al mismo tiempo, en lo que respecta al comportamiento electoral, tal como destaca Pousadela (2005) se comprobó, por un lado, la expresión de un proceso de trasvasamiento no tutelado de votos y una la multidimensionalidad del espacio político, reflejado en las diferencias que se registraron en la distribución de los votos a los diferentes candidatos, entre las elecciones presidenciales y las legislativas. El proceso de debilitamiento de las lealtades partidarias quedó manifiesto en los cambios de preferencias entre elección y elección, así como en la emergencia de comportamientos electorales selectivos, evidenciados en el importante corte de boleta que se registró, en distintos municipios, para el caso de las legislativas. Además, el análisis de la

¹⁷ Tanto el triunfo de la Alianza en las elecciones legislativas de 1997 como el proceso electoral de 1999 pueden ser considerados, respectivamente, como indicadores, en este distrito, de la crisis del llamado voto cautivo y del imperio de dispositivos electorales-pragmáticos a la hora de componer la oferta electoral.

¹⁸ Recordemos que en el caso del peronismo, definidas las candidaturas en un proceso donde convivieron el peso excluyente del liderazgo de Duhalde y el mecanismo de selección a través de los comicios internos, los meses previos a las elecciones de septiembre se vieron signados por problemas de corte más bien legal. Lo que sucedió fue que distintos referentes locales que decidieron no presentarse en las internas de marzo pretendieron “pegar” sus candidaturas a la del gobernador Solá. Esto generó algunas tensiones entre el candidato a gobernador, que se vería beneficiado por el arrastre de votos que le brindarían los candidatos locales no oficiales del partido, y aquellos referentes de distrito que, habiendo triunfado en la interna, reclamaban absoluta exclusividad en su presentación junto con el mandatario provincial. Finalmente, la controversia se resolvió cuando el Consejo Provincial del peronismo bonaerense decidió rechazar cualquier alianza con candidatos “no oficiales” (*El Día*, 9/7/03). Esta decisión, junto con el rechazo de Duhalde a la apertura de la lista de diputados nacionales impulsada por el presidente Kirchner -claramente apoyado por la opinión pública, con un respaldo del orden del 70 al 80% en los primeros meses de gobierno (*La Nación*, 22/6/03)-, demostró el peso que ostentó la estructura partidaria en

pérdida de votos que sufrió el justicialismo y el fenómeno del voto en blanco y la abstención¹⁹, reflejó un persistente malestar en la representación que no debe ser soslayado cuando se considera la mayoría legislativa que obtuvo el justicialismo y el poder local que conservó el radicalismo. Es decir, creemos que aunque las elecciones presidenciales del 2003 parecieron indicarnos la vuelta a una situación de *metamorfosis*, sostenemos que la idea de *crisis* permanece como posibilidad latente. En otras palabras, procesos de largo alcance, referidos a los cambios más generales que experimenta la vida política, conviven con fenómenos más espasmódicos y particulares, configurando un fértil terreno político para su aparición y desarrollo.

b) Las elecciones 2005 y el proceso de definición de las candidaturas.

El análisis del proceso de composición de la oferta política, concentrándonos en el caso de la provincia de Buenos Aires, nos resulta ilustrativo de los cambios de registro que se han operado en la vida política, en sintonía con lo reflejados en los procesos electorales ya aludidos. La acción sobre la estructura partidaria de liderazgos referenciados en la opinión pública nos presentó frente a una nueva escena política en la cual mecanismos afines a la *democracia de lo público* se expresaron en el territorio de la *democracia de partidos*.

La tensión entre el proyecto encarnado por el liderazgo presidencial y el respaldo partidario del justicialismo bonaerense, es decir, la tensión, ya manifiesta en las elecciones legislativas 2003, entre un liderazgo voluntarista con pretensiones de reforma y otro que operó más bien en el registro de la garantía del orden, sin mayores pretensiones desarticuladoras, se agudizó con el correr del año 2004 y alcanzó su máximo registro a mediados del 2005. En un primer término, esta tensión se reflejó a través del proyecto de la transversalidad.

Según lo expresó Torre (2004), este proyecto fue una operación política dirigida por el liderazgo presidencial a los fines de lograr compensar el déficit fundacional de apoyo que sufrió su gobierno y de encaminar un proceso de transformación, al interior del justicialismo, promoviendo un viraje reformista. Esta acción se sostuvo en los respaldos obtenidos por Kirchner, en la fluctuante opinión pública, y resultó verosímil dadas las flexibilidades organizativas y las indefiniciones ideológicas que siempre caracterizaron al peronismo. En

el distrito, en esta elección, a través de la vigencia de los mandatos de su conducción y el imperio de su cuerpo normativo interno

¹⁹ Ver al respecto Cheresky-Pousadela (2004).

concreto, la misma buscó efectivizarse a partir de la incorporación de figuras ajenas al peronismo o enfrentadas con la estructura partidaria referenciada en el ex-presidente Eduardo Duhalde sin promover una ruptura directa con el Justicialismo. No obstante, esta operación encontró un escollo insalvable para su desarrollo: la resistencia del propio partido. Esta resistencia se expresó sin ambigüedades en el Congreso partidario realizado entrado el 2004. En dicho congreso el presidente vio frustrada su empresa de lograr, en virtud de su popularidad alcanzada, el control del partido. Ni Kirchner ni sus rivales internos pudieron imponer sus candidatos con lo que se arribó a una situación de empate. En el marco de esta situación de tensión, se buscó aquietar las aguas y la estrategia transversal naufragó sin mayores éxitos. La escena política abierta por la elecciones legislativas del 2005 volvió a tensar la cuerda entre ambos liderazgos, abriendo el segundo capítulo del devenir de esta siempre conflictiva relación.

Las trabas puestas a la aprobación del presupuesto provincial recrudecieron los conflictos entre los legisladores duhaldistas y el gobernador Solá, referenciado en la figura del presidente. Al cabo de varias semanas de negociaciones, se logró la aprobación del presupuesto pero no por eso se achicaron las distancias en ambos sectores. Más bien todo lo contrario. En las primeras semanas de abril volvieron a circular con fuerza los rumores sobre la postulación de Cristina Fernández de Kirchner, alentados por los índices registrados en las encuestas de intención de voto. Como respuesta, se mencionó incluso, la posible presentación del mismo Duhalde como candidato a senador nacional. Finalmente, luego de marchas y contramarchas, de discursos de choque y de repliegue, para principios de julio se anunció la presentación de listas separadas que se oficializaron en los primeros días de septiembre. De esta manera, la alianza de gobierno sufrió un duro embate y la división entre el Partido Justicialista y el Frente para la Victoria se concretó, primero, en la provincia de Buenos Aires y, luego, en distintos territorios provinciales. Por primera vez, una fractura de alcance nacional, al interior de peronismo, derivó en un enfrentamiento electoral entre un sector que conservó el sello del partido y ,otro, referenciado en la figura de un presidente que detenta las mismas credenciales partidarias. Esta ruptura se diferenció, entonces, de anteriores crisis partidarias. La experiencia de la crítica renovadora de mediados de los ochenta se resolvió al interior del partido y en la inédita situación de las presidenciales de abril ninguno de los frentes, que evidenciaron la desagregación del peronismo, pudieron detentar el sello justicialista. Una nueva escena se constituyó, entonces, como producto de esta ruptura.

Respecto de la misma, no es el objeto de este trabajo realizar un análisis pormenorizado de los hechos que marcaron esos agitados meses y llevaron a la misma, sino más bien, su abordaje interpretativo. Nos preguntamos, entonces, ¿Sobre la base de qué lógicas se desarrolló este proceso?, luego, ¿Cómo definir las?, y por último, ¿Revelan estas algún cambio en relación a la dinámica política en curso?

Concentrémonos en las características que asumió la disputa entre el presidente y el jefe político del justicialismo bonaerense, desplegada al calor del proceso de definición de las candidaturas nacionales y provinciales para cargos legislativos en el territorio de la provincia de Buenos Aires.

Esta disputa creemos que debe ser analizada no tanto por lo que contiene de tradicional y evidente, esto es, la clásica lucha entre distintos liderazgos políticos por conquistar posiciones de poder, sino más bien, por lo que la misma expresó en relación con las nuevas lógicas que definen, en la actualidad, a la dinámica política. Así como Kirchner construyó su poder y desplegó su proyecto sobre la base del apoyo de la virtual opinión pública, su avanzada sobre el territorio bonaerense se legitimó, además de en dicho apoyo, en la posición que su mujer alcanzó en las encuestas electorales. Éstas cumplieron, de esta manera, un rol clave en este proceso. Ya ha sido largamente analizado el papel que cumplen los sondeos en los procesos electorales²⁰, en particular, sobre la composición de la oferta política reflejando los cambios que se han operado tanto en la comunicación política como en nuestra condición ciudadana. Ahorrándonos, entonces, una referencia más específica sobre este punto, es necesario remarcar cómo las mismas revelaron el ya evidente proceso de personalización de la dinámica política. Este proceso quedó de manifiesto en los porcentajes obtenidos por una candidata, sin el apoyo de la estructura partidaria en el distrito, y en la diferencia registrada, si por un lado se mide la intención de voto por partido y, por el otro, la intención de voto por candidato²¹. Confirmado la tendencia de lo mencionado anteriormente, los porcentajes registrados por la esposa del presidente, deben apuntar en el sentido de relativizar el peso que ejercen las maquinarias políticas, en la provincia de Buenos Aires, a la hora de definir los resultados de una elección. Lejos de restarle importancia a su peso, lo que pretendemos es abordar su desarrollo en

²⁰ Ver Pousadela (2005).

²¹ Por ejemplo, un estudio de la consultora OPSM, publicado en Pagina 12 (24-7-05), reflejaba que mientras Cristina Kirchner obtenía entre el 40% y el 45%, “Chiche” Duhalde arañaba sólo el 20%. Así mismo, la consultora Equis realizó un estudio en la provincia de Buenos Aires, durante los meses de julio y agosto, en el cual si se medía la intención de voto por partido, para senadores nacionales, el Justicialismo obtenía el 19.8% y el Frente por la Victoria el 16.5%, ahora, si se medía por candidato, Cristina Kirchner pasaba a tener un 43% e Hilda

sintonía con los cambios en curso. Como consecuencia de éstos, resultan evidentes los ya aludidos cambios en las lógicas clientelares, pero también, el novedoso contrapeso que sobre éstas ejerce lo que podríamos denominar como la acción de la opinión. Es decir, sin desconocer el proceso de territorialización de la política y el desarrollo en este sentido de los partidos como maquinarias electorales, fenómeno reflejado con claridad en el Justicialismo, lo que sostenemos es que la lógica de la opinión, la cual se expresa pasivamente a través de las encuestas, cumple, hoy en día, una función de renovada importancia en la configuración tanto de la escena político electoral como en la distribución misma del voto. Nos resulta evidente, si se toma en cuenta en particular el proceso electoral 2005, que el presidente pudo desplegar su estrategia de ruptura y lograr el salto de vereda de parte importante del aparato justicialista²² en virtud del apoyo que aún conserva en la opinión pública, confirmando, entonces, que “*la opinión lidera y los aparatos vienen detrás*” (Pousadela, 2005)

Esta tensión entre la lógica de la opinión y la lógica del aparato, cumplió, también, un rol clave en la configuración de los discursos desde los cuales el presidente, como su grupo de referencia, y Duhalde, y sus seguidores, interpellaron al electorado. La oposición entre la *vieja política*, visualizaba en la corrupción del mafioso aparato bonaerense y en el peso de las mediaciones corporativas, y la *nueva política*, expresada en la transparencia de la gestión y la relación directa del presidente con la ciudadanía, definió la estrategia regeneracionista del gobierno. Una vez concretada la fractura, el justicialismo provincial apeló a una estrategia de referencia y conquista del electorado partidario bonaerense por oposición al discurso más ciudadano y nacional de los referentes del Frente para la Victoria²³. Esta estrategia discursiva remitió, como es sabido, a la vocación por la diferenciación de los actores políticos en la escena político electoral. Ahora, esta diferenciación, tropezó con la percepción, como producto de la base de apoyos que terminó articulando el presidente, de esta disputa como mera querrela de poder, como simple lucha de aparatos, diluyendo, más allá de lo justificadas que puedan ser esas reacciones, la verdadera significación política de la ruptura. Esta creemos que se revela bajo una doble forma.

Una primera, que remitió a las diferencias de proyectos que aún con serias limitaciones, creemos representa la oposición entre el Frente para la Victoria y el Partido Justicialista y, una

Duhalde sólo obtenía un 19.3%. Este estudio refleja el evidente proceso de personalización de la política y, nos puede dar una idea aproximada del peso del sello partidario en el distrito.

²² En particular, resultó reveladora la adhesión al proyecto *kirchnerista* de los jefes territoriales de los municipios justicialistas de Varela, Merlo, Ezeiza, Ituzaingó, La Matanza y J.C.Paz.

²³ Esta diferenciación no incluye sólo el plano discursivo sino que se traslada al plano de las prácticas políticas. Resulta revelador, en este sentido, las diferencias que han caracterizado a los actos de campaña de ambas fuerzas.

segunda, que se relacionó más con los cambios generales registrados en la vida política a la luz de este proceso. Estos aparecieron, no solo a la hora de remarcar el peso que ejerció, sobre este proceso, la lógica de la opinión o al abordar las estrategias de interpelación al electorado, sino también, cuando se analizan los candidatos para los cargos nacionales incluidos en ambas listas. En este sentido, sobresalió el perfil más partidario de la lista del Justicialismo provincial y el carácter más difuso, más ecléctico, signo de los nuevos tiempos, de la lista del Frente por la Victoria²⁴.

En apretada síntesis, creemos que el proceso de definición de las candidaturas, reflejó la incidencia que tuvieron liderazgos de popularidad, en su referencia a electorados desagregados y fluctuantes, sobre la nueva configuración de la dinámica política y sobre el propio Partido Justicialista. Tomando en cuenta la crisis de la idea de pueblo sustancial y de los electorados partidarios, como referencia privilegiada de interpelación, el devenir del propio Partido

La apelación a la liturgia peronista y la referencia institucional al partido quedó reflejada en la estrategia del partido Justicialista a diferencia de la estrategia desplegada por el Frente para la Victoria.

²⁴ El perfil más partidario definió las listas justicialistas nacionales. A excepción de los candidatos a legisladores nacionales que se ubican en el cuarto y en el quinto lugar de la lista, el resto son claros candidatos de partido a) Senadores nacionales 1. Hilda Duhalde (Diputada nacional por la provincia de Buenos Aires) 2. José María Díaz Bancalari (Jefe de bloque de Diputados nacionales del PJ. Diputado nacional por la provincia de Buenos Aires) b) Diputados Nacionales (las 13 primeras candidaturas): 1. Jorge Villaverde (Intendente de Almirante Brown 1987-1995/ senador nacional (1995-2001 y diputado nacional por la provincia de Buenos Aires 2001-actualidad) 2. Jorge Sarghini (ex-presidente del banco provincia nombrado por Felipe Solá, ex-funcionario del gobierno de Duhalde tanto provincial como nacional. Diputado nacional por la provincia de Buenos Aires)3. Mabel Muller. (Senadora nacional por la provincia de Buenos Aires. Principal referente de Chiche Duhalde)4. Francisco de Narváez (Empresario. Estuvo cerca de las figuras de Macri, Menem, Reutemann y finalmente Duhalde)5. Héctor Norberto Porto (Rector de la Universidad de Morón)6. María del Carmen Rico. (Diputada Nacional por el Frepobo)7. Blanco, Jesús Abel (Diputado Nacional por la provincia de Buenos Aires. Dirigente Nacional. Ex-intendente del Partido de 9 de Julio)8. Salinas, Enrique Ricardo (Concejal por el Municipio de La Plata).9. Jorge, Marta Patricia (Senadora provincial.) 10. Correa, Juan Carlos (Diputado Nacional por la provincia de Buenos Aires.)11. Casanovas, Jorge Osvaldo (Diputado Nacional por la Provincia de Buenos Aires) 12. Di Rado, María Cristina (Consejera por la Quinta sección) 13. Herrera, Luis Edgardo (Concejal por el Municipio de San Nicolás). Un perfil más ecléctico define las candidaturas del Frente Para la Victoria: a) Senadores nacionales: 1. Cristina Fernández de Kirchner (senadora nacional) 2. José Pampurro (Ministro de Defensa. Viejo aliado de Duhalde, de su círculo más cercano. Secretario general de la presidencia durante el gobierno de Duhalde). b) Diputados nacionales (las trece primeras candidaturas): 1. Alberto Ballestrini (Intendente de la Matanza, ex-aliado de Duhalde en la disputa territorial con Alberto Pierri. Desde el 2003 apoya a Kirchner y fue uno de los primeros intendentes en apoyar a Sola contra el *Duhaldismo*)2. Jorge Taina (ex-secretario de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Funcionario del gobierno de Solá. Cercano a la figura de Cristina Kirchner)3. Cristina Álvarez Rodríguez (Secretaria de cultura del gobierno provincial. Cercana a la figura de Cristina Kirchner)4. Sergio Massa (Titular del Anses. Nombrado por Duhalde)5. Carlos Kunkel (Subsecretario general de la presidencia, viejo aliado del presidente Kirchner)6. Diana Conti (senadora nacional del Frepaso)7. Hector Recalde (abogado de la CGT)8. Mariano West (ex-Intendente de Moreno y ministro del gobierno de Felipe Sola)9. Julia Di Tulio (Dirigente del peronismo de La Plata) 10. Dante Novena (Viejo operador del *Kirchnerismo*, participa del armado político de las lista en la provincia de Buenos Aires y en la Capital) 11. Francisco Gutiérrez (Diputado nacional por el Polo Social) 12. Marcela Bianchi (Diputada nacional. Ex-aliada al *Duhaldismo*. Ex-secretaria privada de Duhalde. 13. Edgardo Di Petri (Dirigente de la CTA)

Justicialista se nos reveló supeditado a la acción, que liderazgos referenciados en la opinión, ejercen sobre su estructura partidaria.

III. Palabras finales

El recorrido propuesto nos reveló los cambios que se fueron operando en el peronismo en sintonía con la emergencia de nuevas formas políticas. En efecto, una nueva escena política se reconfiguró a partir del establecimiento de nuevos lazos representativos entre los liderazgos de opinión y una ciudadanía, expresada en su doble cara, la pasiva, como audiencia de los medios de comunicación, y la más activa, como estallido, como irrupción esporádica en el espacio público. Estos procesos no han sido ajenos al devenir del propio peronismo. Esta fuerza política se ha visto directamente interpelada en su configuración por la acción del liderazgo presidencial. Primero, fue la operación política de la transversalidad, en su intento de conquistar apoyos extra-partidarios y, luego, fue la ruptura en el Justicialismo bonaerense, efectivizada en la presentación de listas separadas para los cargos a elegir en los próximos comicios. Ambos fenómenos, no creemos que puedan ser inscriptos tan fácilmente en el registro de lo conocido. Por el contrario, creemos que los mismos ilustran nuevas dinámicas que configuran la vida política contemporánea: nos referimos, principalmente, la acción de liderazgos con base en la opinión pública los cuales cobran una renovada relevancia, en su función instituyente e interpeladora, en regímenes políticos donde se han desagregado los colectivos identitarios y las sociedades se han vuelto opacas e indescifrables.

En particular, para el caso del peronismo, estos cambios múltiples han provocado en él una doble fuga. En un sentido, *desde abajo*, si se toma en cuenta su crisis como representante del mundo popular. Ilustraron este proceso, la emergencia del movimiento piquetero y la desarticulación de la identidad peronista histórica. Y en otro sentido, *desde arriba*. En este caso, debemos considerar la acción de novedosos liderazgos que interpelaron al electorado sin mayores mediaciones estableciendo lazos directos con la ciudadanía en autonomía con la estructura partidaria. Revela este proceso, la fractura del justicialismo bonaerense motorizada por el presidente Kirchner. Ahora bien, estos procesos en curso son demasiados complejos como para establecer lecturas lineales y diagnósticos perentorios. El territorio bonaerense,

resulta extremadamente rico por la superposición de lógicas que nos presenta, por demostrar cómo nuevos dispositivos relacionados con la lógica más mediática, de la personalización del formato representativo y de apelación a un electorado desagregado, convive con mecanismos afines a una política más anclada en las tradicionales formas partidarias. Esta relación entre cambio y continuidad se despliega a lo largo de toda el territorio bonaerense a través de las particularidades que nos presentan sus múltiples geografías. De hecho, esta ambigüedad configura al peronismo mismo. En nuestros días, éste, se nos presenta bajo esta doble escala que hoy define a la política, por un lado, la mediática y, por el otro, la territorial y, tomando en cuenta los últimos sucesos que conmocionaron su devenir, creemos que así como las formas que a futuro el mismo pueda asumir son objeto de abierta interrogación, lo que no resiste mayores titubeos, es que el éxito del liderazgo presidencial, en su empresa de desarticulación del *aparato* justicialista, ha dado cuenta de las transformaciones en curso en nuestra vida política.

Por último, creemos que estos procesos, reflejados en las elecciones del 2001 y 2003, como hemos aludido, se han revelado con particular intensidad en la configuración de la escena preelectoral 2005, definida por el impacto producido por esta ruptura. Ésta, al tiempo que demostró como el peronismo, una vez más, hace de sus conflictos una cuestión nacional, debilitando los marcos institucionales, expresó, también, como la dinámica política actual no puede explicarse con la lente del pasado. La crisis del 2001 y el escenario político, configurado a partir del inicio de la gestión del presidente Kirchner, tuvieron una proyección política que debe tomarse en toda su significación. Los ecos de dicha crisis aún resuenan. Difícilmente puedan ser sólo las viejas formas partidarias las que provean, la legitimidad política necesaria, para la reproducción de nuestro régimen democrático, en un contexto de *metamorfosis y crisis* latente de su formato representativo.

Agosto del 2005.

Bibliografía citada y consultada

- Abal Medina, J.M (1995). La “normalización” del sistema partidario argentino en *Política y Sociedad en los años del menemismo*. R.Sidicaro-J.Mayer (comps). Oficina de publicaciones C.B.C, Buenos Aires.
- Aboy Carlés, G (2001). *Las dos fronteras de la democracia. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens, Rosario.
- Auyero, J (2000). *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*. Ed. Manantial, Buenos Aires.
- Cheresky, I (1998). La ciudadanía, la opinión pública y los medios de comunicación. Ciudadanía y política en la Argentina de los noventa, Ponencia presentada en el congreso de la LASA.

- Cheresky,I-Pousadela,I (2004). *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*. Ed.Homo Sapiens. Rosario, 2004.
- Cheresky,I (2004).Ciudadanía y sociedad civil en la Argentina Reciente (mimeo).
- Cheresky,I-J.M.Blanquer (comps) (2004). *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada?* Homo Sapiens, Rosario.
- De Ipola,E (1989). Las desventuras del peronismo renovador en *Investigaciones políticas*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Gauthier,G-Gosselin,A.(1998). *Comunicación y política*. Ed.Gedisa, Barcelona
- Katz,R-Mair,P (1995).Changing models of party organisation and party democracy. The emergency of the cartel party. *Party Politics*. Vol 1 N°1.
- Laclau,E (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Ed.Nueva Visión, Bs.As.
- Laclau,E (2000). Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de las lógicas políticas en *Contingencia, Hegemonía, universalidad*. E.Laclau-J.Butler-S.Zizek. FCE, Buenos Aires.
- Lechner,N. (1995) La política ya no es lo que fue. Nueva Sociedad, N 144,
- Lefort,C (1987).Los derechos del hombre y el estado benefactor. *Revista Vuelta*, N 12.
- Levitsky, S. (2002) Una desorganización organizada: Estructura y dinámica interna de la organización partidaria de base del peronismo contemporáneo. *Revista Política y Gestión*. Volumen 3.
- Levitsky,S (2003).*Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Cambriadge. University Press.
- Manin,B. Metamorfosis de la representación, en M. Dos Santos. *¿Qué queda de la representación?*, Nueva Sociedad, Caracas, 1992.
- Mocca,E (2004).Los partidos políticos entre el derrumbe y la oportunidad en *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada?* I.Cheresky-J.M.Blanquer (comps).Homo Sapiens , Rosario.
- Mustapic,A. Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones del partido carismático en M. Cavarozzi / J. M. Abal Medina. *El asedio a la Política*. Ediciones Homo Sapiens, Rosario, 2002.
- Natanson,J (2004). *El presidente inesperado. El gobierno de Kirchner según los intelectuales argentinos*. Ediciones Homo Sapiens, Rosario.
- Novaro,M. (1994) *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina*. Ed.Letra Buena.
- Novaro, M (1995).El debate contemporáneo sobre la representación política. *Desarrollo Económico*.
- Novaro,M-Palermo,V (1996). *Política y poder en el gobierno de Menem*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Novaro, M (2000). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario.
- Rosanvallon, Pierre (1995), *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*, Manantial, Buenos Aires
- Panebianco, A (1990). *Modelos de partidos*, Alianza, Madrid,
- Pousadela,I (2004).Los partidos políticos han muerto! Larga vida a los partidos! en *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada?* ,I.Cheresky-J.M.Blanquer (comps).Homo Sapiens, Rosario
- Pousadela (2005). Mutaciones de la representación política en la argentina contemporánea.(mimeo)
- Rinesi, E (2003). *Política y Tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*. Ediciones Colihue. Buenos Aires.
- Rodríguez,D-Rodríguez Blanco,M (2004). ¿Lealtad peronista o desafección partidaria? Las elecciones 2003 en la provincia de Buenos Aires en Cheresky,I-Pousadela,I (2004). *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*. Homo Sapiens, Rosario.
- Svampa,M- Martuccelli, D (1997). *La Plaza vacía. Las transformaciones en el peronismo*. Editorial Losada.
- Svampa,M. y Pereyra, S. (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.
- Sarlo,B (2004). Doble óptica. Un intento (más) de observar el peronismo. *Punto de Vista*. N° 80.
- Sidicaro,R (2002). *Los tres peronismos*. Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.
- Torre,J. C (2003): Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella.
- Torre,J. C (2004). La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el Partido Justicialista. Ponencia presentada en las jornadas “Argentina en perspectiva”.UTDT.
- Wolton,D-Ferry,JM (1992).*El Nuevo espacio público*. Ed.Gedisa. Barcelona.

Fuentes periodísticas: Diario La Nación, Diario Página 12, Diario El Día (La Plata), Diario Hoy (La Plata)

